

¿AVANZADA O “AVANZADILLA”?; LA ESPAÑA IRREDENTA Y LA TURBINA DE CÉSAR MUÑOZ ARCONADA

Juan Carlos Ara Torralba*
Universidad de Zaragoza

RESUMEN: El presente artículo pretende definir con más rigor tanto el estatuto de la novela La Turbina (1930) como el lugar que realmente ocupa dentro de la producción literaria de César M. Arconada. La inserción de la novela en el camino ideológico perfilado por Ortega en La redención de las provincias, así como un somero análisis de algunos escritos contemporáneos de Arconada son las principales claves para nuestros propósitos.

ABSTRACT: The aim of the present work is to define the proper status of the novel La Turbina (1930) as well as to establish the place it deserves amidst César M. Arconada's literary production. In order to achieve these goals we have shown the relations between La Turbina and the ideological currents outlined by Ortega's La redención de las provincias and other contemporary writings of Arconada.

No la España monumental -que esa tiene bastantes descubridores-, sino la otra, para mí mucho más importante: la España sustancial, racial, primitiva.

(C. M. Arconada, reseña a *Viaje por las escuelas de España* de Luis Bello, en *La Gaceta Literaria* (1-IX-1929))

La gente de los pueblos defenderá su sencillez, su naturalidad, su primitivismo, su vida simple, de convivencia con las sombras. Los hombres dominan, vencen...

(C.M. Arconada, *La Turbina* (1930))

Sin duda, *La Turbina* de César Muñoz Arconada es una novela difícil de catalogar; envuelta en los usuales vórtices teleologistas que caracterizan en tantas ocasiones la miseria de nuestra historiografía crítica, por los que se delimitan las obras a partir de una

* Juan Carlos Ara Torralba. Licenciado en Filología Hispánica y Becario de Formación de Profesorado Universitario adscrito al Departamento de Filología Española (Literaturas Española e Hispánicas). Dirección particular: Avda. Pirineos 13, 7ºB. 22004. Huesca. (Recibido el 9-4-91)

“necesaria” y unívoca proyección (“trayectoria”) hacia la última producción del escritor analizado, la novela del palentino debía sufrir el marbete ineludible de “novela de transición”¹ entre un “antes” y un “después” que constrúan un artificioso y precario espacio intersticial. Siendo además el escritor tan obviamente anatematizado por el régimen anterior como resucitado después de manera apresurada por críticos excesivamente combativos en ocasiones, todo acercamiento a esta obra -escaso y muy superficial por otra parte- estaba minado por prejuicios que alejaban un buen conocimiento, si no científico por imposible en ciencias humanas, sí al menos “positivo”. Es en este sentido en el que debe recalificarse el fácil letrado de “novela social”² colgado a la novela de C. M. Arconada; es en este sentido en el que debe un *explicans* de la crítica literaria convertirse en *explicandum* como inicio de una interpretación más sistemática y operativa de la obra del palentino, como una inexcusable *petitio principii* resultado de su lectura y de su contemporaneidad.

Al igual que en tantos otros casos, resulta curioso que sea E. G. de Nora el crítico que de una manera más objetiva se aproxime a una mejor interpretación de la novela de Arconada; para él, el relato no es tan “social” o lo es sólo en cuanto “costumbrista y psicológico, de trama emotivo-sentimental y de técnica impresionista y lírica”, en definitiva, es una obra “casi anacrónica y equívoca ideológicamente, pura obra de escritor imparcial y humano”³. En efecto, con nuestro crítico coincidimos en que *La Turbina* es una obra “ideológicamente equívoca”, lo que no es óbice para que sea una obra “social” e incluso de “transición”, pero en un sentido muy diferente del que se le ha venido adjudicando hasta la fecha.

La hipótesis que aquí ofrezco, sin ser, ni mucho menos, definitiva, pretende ser mucho más coherente al dotar a esa “transición” de un estatuto propio y, por consiguiente, de una definición más explicativa.

1 Así la califican B. Magnien, “La obra de César Arconada, de la ‘deshumanización’ al compromiso. La novela rural bajo la segunda República”, en M. Tuñón de Lara (ed.), *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Madrid, Edicusa, 1973, pág. 341; P. Gil Casado, *La novela social española, 1920-1971*, Barcelona, Seix-Barral, 1975, 2ª ed., pág. 311; y G. Santonja en su “Introducción” a la edición de *La Turbina*, Madrid, Tumer, 1975. V. Fuentes, en su *La marcha al pueblo de las letras españolas, 1917-1936*, Madrid, Eds. de la Torre, 1980, sintomáticamente, no la analiza. Todavía no es excesiva la fortuna historiográfica de que goza Arconada: algunas notas acerca de su participación en *La Gaceta Literaria* pueden encontrarse en los trabajos de C. Bassolas, *La ideología de los escritores: Literatura y política en “La Gaceta Literaria”*, Barcelona, Fontamara, 1975, y M. A. Hemando, *Prosa vanguardista en la generación del 27 (“Gecé” y “La Gaceta Literaria”)*, Madrid, Prensa española, 1975; J. A. Hormigón le dedicó un pequeño artículo “de recuperación” titulado “Arconada, aquí y ahora”, en la revista *Triunfo*, nº 632, año XXIX, 9-XI-1974, págs. 60-61; más apuntes nos proporcionan C.H. Cobb, *La cultura y el pueblo, España 1930-1939*, Barcelona, Laia, 1981, L. Fernández Cifuentes, *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, Madrid, Gredos, 1982, V. Fuentes, “La novela social española en los años 1928-1931”, *Insula*, nº 278, enero 1970, G. Santonja, en el “Prólogo” a *La novela proletaria, 1932-33*, Madrid, Ayuso, 1979, el citado crítico en colaboración con J. Esteban, en su “Prólogo” a la antología *Los novelistas sociales españoles*, Madrid, Hiperión, 1977, I. Tiniánova en su Introducción a las *Obras escogidas* de C. M. Arconada, vol I, Moscú, Progreso, 1970, y M. Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (1895-1936)*, Madrid, tecnos, 1973, 3ª ed, así como las introducciones de G. Santonja, J.A. Hormigón y D. y C. Pérez Merinero a las reediciones de Arconada, *La Guerra en Asturias*, Madrid, Ayuso, 1979, *Río Tajo*, Madrid, Akal, 1978, y *Tres cómicos del cine*, Madrid, Castellote, 1974, respectivamente. Iré espiando otras referencias bibliográficas al hilo del discurso.

2 De tal modo se bautiza en la colección a la que pertenece la reedición de *La Turbina* realizada por G. Santonja, quien, si bien la edita acertadamente siguiendo criterios estéticos o de calidad literaria, los criterios “sociales” que le confiere son más dudosos o cuando menos matizables.

3 E. G. de Nora *La novela española contemporánea (1927-1939)* Madrid Gredos 1968 2ª ed. pág. 460.

Cuando se interpreta un hecho cultural -un texto literario en nuestro caso-, al artefacto semiótico-histórico se le suele asaltar sancionándolo u otorgándole una determinada metalengua que “concluya” en mayor o menor medida el sentido edificado por la obra. Tales “universos de sentido” que acaban de modelar “por arriba” -supertácticamente- el producto cultural son en Arconada más o menos evidentes en sus iniciales producciones y en las últimas; para las primeras (*En torno a Debussy* -1926-, *Vida de Greta Garbo* -1930-, *Urbe* -poemario de 1928-, e incluso *Tres cómicos del cine* -1931-, *Cuentos de amor para tardes de lluvia* -1930-, e *Idilios y tragedias de un garaje* -1931-)⁴ es obvia la sanción orteguiana (de los “Musicalia” -1918-, *La des-humanización del arte* -1925- ...); para las últimas (anteriores a la guerra civil: *Los pobres contra los ricos* -1933-, *Reparto de tierras* -1934-, y el libro de poemas *Vivimos en una noche oscura* -1936-)⁵, la metalengua que tan dialécticamente divide la realidad evaluada en el relato pasa por la fuerte modelación impuesta por la inclusión de Arconada en el PCE -julio de 1931- con el disciplinado y férreo programa ideológico consecuente⁶.

Ahora bien, el problema surge al caracterizar la pretendida inflexión producida en el intervalo 1929-1931 donde se ubica nuestro primer objeto de análisis, *La Turbina*. ¿Resulta tan fácil incluir la obra del palentino en esa “literatura de avanzada” que comienza su *florvit* por aquellas mismas fechas? Evidentemente no, pero maticemos y desglosemos tal negación de forma ordenada.

“En realidad no hay conflicto social”⁷, la crítica francesa B. Magnien reconoció en su día esta evidencia a la hora de definir la novela, nosotros aquí la desarrollaremos en su verdadero sentido; así, ¿es suficiente la traslación de una *tópica* social mínima al espacio novelesco para calificar una novela de “social”, siendo que el descubrimiento y desarrollo de tal *tópica* caracteriza a la novela, en tanto emancipación del texto burgués, desde sus inicios? Si dijésemos que sí, todas las novelas serían “sociales”. Para calificar una novela de “social” debe darse en ella la condición de una exposición detallada de las clases sociales actuantes -sea cual sea el criterio de formación de tal

4 Por desgracia, es difícil, si no imposible, el acceso y lectura tanto de los *Cuentos*, como de *Urbe* o los *Idilios*, entre otros títulos; la Biblioteca Nacional de Madrid todavía mantiene el error de conservar una entrada por “Arconada”, aunque ya comienza a trasvasar los escasos títulos disponibles a la entrada “Muñoz Arconada”. Una reciente aportación en torno a la poesía de Arconada demuestra la dificultad de acceso a determinados textos: José Antonio Guerrero Villalba, “La poesía de César M. Arconada”, en José Sánchez Trigueros *et alia* (eds.), *Homenaje al Profesor Antonio Gallego Morell*, tomo II, Granada, Universidad, 1989, págs. 109-118.

5 El lector puede acceder a una descripción exhaustiva de la vida y obra del palentino en el trabajo de Gonzalo Santonja, “César M. Arconada. Bio-Bibliografía”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 47, Diputación de Palencia, 1982, págs. 5-57. Gregorio Torres Nebrera, en la “Aproximación a la obra narrativa de César M. Arconada” que encabeza su reedición de *Reparto de Tierras* (Badajoz-Palencia, Diputación Provincial de Badajoz y de Palencia, 1982, págs. 11-61) desarrolla el primer artículo citado en este escolio.

6 Evidentemente, nos estamos centrando en la Ideología, umbral superior de toda crítica semiótico-cultural; determinadas formas textuales continuarán como ideolecto; así, la más evidente, es el uso y abuso del anafórico operador textual-discursivo “Pero”; también subsisten otras estrategias textuales, como la introducción del narrador en la ficción, visible, por ejemplo, en la *Vida de Greta Garbo*, pero también en el capítulo “Paisaje de otoño entre los encinares” de *Reparto de tierras*, aunque aquí el autor tiene que disculpar su incoercible tendencia a “ser poeta” al hablar con el intelectual y “concienciado” protagonista Pedro Alfar, “médico rural” de la novela.

7 B. Magnien, art. cit., pág. 341.

“clase”: dinero, sexo, edad... - más una indispensable evaluación crítica y acusada de las tensiones derivadas del conflicto “novelesco”. Fuera de los bizantinismos de la crítica, en *La Turbina* podemos comprobar que apenas si vemos perfilados ni las esperables “fuerzas vivas” rurales ni la división -tan grata al autor posteriormente- de pobres y ricos, amos y siervos⁸. No vamos a aceptar el nebuloso atributo de “novela humana”, pues tampoco explicaría nada en absoluto. Sigamos, en tanto, con más realidades:

En realidad, la introducción del progreso -bajo la forma de lámparas eléctricas- no es un acontecimiento que amenace transformar las relaciones sociales, ni siquiera hacer desaparecer las creencias retrógradas. El autor no pretende “aclarar” al lector; tampoco pretende cambiar nada (...) La actitud del autor es neutral; más bien podríamos decir que reacciona en artista, en esteta más que en juez. La descripción del pueblo y de sus habitantes es, en muchos momentos, fiel a la tradición “costumbrista” del relato clásico⁹.

Pero tanto, la evaluación del escritor -siempre indicio inequívoco de ideología y de integración histórica- no se proyecta hacia una modelación del espacio y tensión novelescas a partir de una oposición de clases, sino a partir de una profunda, palmaria y constante oposición Campo/Ciudad -oposición geminada en Oscuridad/Luz, Primitivismo/Progreso, Naturaleza/Cultura-Civilización-Hombre...-, con la turbina como elemento “no propio” del espacio “Campo” y por consiguiente polemizador o “disparador” de la narración.

Llegamos así a nuestra hipótesis: la única “acción” social construida en la novela tiene como blanco intencional una “sensibilización” en torno a la oposición Ciudad/Campo; curiosamente, la misma sensibilización acerca de un problema que poco tiempo antes Ortega y Gasset había propugnado desde las páginas de su importante libro *La redención de las provincias*. Ortega, allí, echaba en falta la carencia de opinión sobre tal tema:

Cuanto se ha dicho siempre sobre la falta de opinión pública (en términos mauristas, de “ciudadanía”) en España es, por mitad cuando menos, falso. No se opina sobre lo que no se siente. En vez de lamentar que los españoles no sintiesen las cuestiones públicas, debió el político suscitar cuestiones

⁸ Para los lectores menos familiarizados con *La Turbina*, les recordaremos en pocas líneas la fábula del relato: Al pueblo de Hinestrillas llegan en 1910 unos obreros para instalar una turbina. El pueblo se divide ante la llegada de la luz. Cachán, primitivo, rudo, bárbaro, se erige en el más cerril y recalcitrante adalid de la oposición. Antonio, montador-jefe de los operarios se enamora de Flora, la hija de Cachán, y la deja embarazada. Cuando llega la luz, tras varias intentonas, y Antonio se dispone a comunicar a Cachán el deseo de contraer matrimonio, éste lo asesina brutalmente, arrojándolo al salto de agua que mueve la turbina.

públicas que pudiesen ser sentidas por la gran masa española, aprontando, a la par, medios para que esa sensibilidad no se perdiese, sino, al contrario, se acumulase, perdurase y organizase¹⁰.

Casi un par de lustros antes, en *La España invertebrada* -1920- Ortega denunciaba la incomunicación -no vertebración- Campo/Ciudad como el gran lastre para la formación de una Nación vertebrada, de una España de progreso. Construir España pasaba por acabar con el localismo, con el provincianismo, con el caciquismo, con el primitivismo de la masa rural “irredenta”. No hay Estado -”El ciudadano, el *cives*, lo es en función de una *civitas*, de un Estado”¹¹- sin acabar con una vida pública española que se resume en un “localismo extremo”.

He aquí la “política” de *La Turbina*, terminar con “el olvido de una vida provincial cometido por la vieja política, la necesidad de partir de ella en la nueva”¹², pues “nuestra nación, en su realidad, es campiña y sierra -ruralismo-”¹³ y

¿Dónde está el gran número de los españoles? Evidentemente, en las provincias. Consecuencia: el pensamiento político tiene que comenzar por plantearse el problema de nuestra vida provincial (...) A mi juicio, en él se hinca la raíz de toda posible mejoría, por lo mismo que en él se esconde la raíz de las pasadas desventuras (...) En ellos está el tipo medio de español, el que ha de hacer en definitiva cuanto históricamente vaya a hacerse¹⁴.

Apoya nuestra hipótesis el propio título y “disparador” de la novela, la “turbina”; símbolo del progreso, de la “elevación”, de la modernidad, objeto y sujeto de esa electrificación que a marchas forzadas se imprimía sobre nuestro suelo desde principios de la actual centuria, es utilizado por el propio Ortega en la obra reseñada para constatar la inadecuación y el fracaso de la reorganización de la vida local impulsada por Antonio Maura:

Es el mismo error que si un ingeniero fabrica una *turbina* a su libérrimo gusto y luego espera que bajo ella, mágicamente, aflore un torrente y la mueva. El pensamiento político tiene que proceder de modo inverso. Primero, buscar bien la vida pública que exista realmente; si su torrente es mínimo, ¡ qué le vamos a hacer! No hay otro. Luego debe inventar una *turbina*,

10 José Ortega y Gasset, *La redención de las provincias*, cito por la edición de Alianza Editorial, Madrid, 1967, pág. 139.

11 *Ibidem*.

12 *Ibidem*, pág. 59.

13 *Ibidem*, pág. 81.

14 *Ibidem*, pág. 139.

un ingenio o artificio a lo Juanelo, que se ajuste perfectamente a las condiciones de esa vida pública efectiva, procurando que su máquina la recoja sin desperdicio y la multiplique. Después de todo, se trata del refrán sanchopancesco: “En dándote la vaquilla, corre con la soguilla”. La antigua política se ha pasado cincuenta años con una soguilla magnífica en las manos, esperando una vaca gigantesca, que, claro está, no ha llegado nunca, por ser otra la fauna lactífera de nuestros prados¹⁵.

No parece casualidad, por lo tanto, que la acción en la novela de Arconada se sitúe en 1910, en los alrededores de la época del programa de “descuaje”, “ciudadanía” y movilización mauristas; de forma más curiosa si cabe, las dos novelitas que recuerdan directamente el mismo estado social de reacción violenta y primitiva del campesino frente al progreso hay que buscarlas en la famosa colección “El Cuento Semanal” en el año de 1908; nos referimos a *La fábrica*, de Francisco Villegas (“Zeda”) y a *Los enemigos*, de J. López Pinillos (“Pármeno”)¹⁶. Finalmente, termina por sustentar nuestra hipótesis de vinculación con el universo de sentido orteguiano el hecho de que la novela sigue de forma fiel la metáfora del madrileño: no hay una auténtica previsión de la adecuación de la turbina con el torrente que la debía nutrir (se reconoce que con las riadas y la sequía habrá fluctuaciones graves en la producción energética)¹⁷; el caudal de agua y de auténtica “vida pública” y “civilidad” son mínimos, lo que causará la tragedia terminal del relato, pues no otro motivo que el localismo, el primitivismo y la falta de sensibilización y de redención de la vida rural es el factor causante de tal tragedia.

No es en absoluto inverosímil que Arconada tomase prestada la metáfora de Ortega como título, principio o programa narrativo de su novela¹⁸; pudo leer el palentino la obra

¹⁵ *Ibidem*, págs. 139-140. Son más las cursivas.

¹⁶ El redescubrimiento de la “Realidad” rural española, el biologismo de las teorías de Ortega y la evidente conexión de *La Turbina* con estos relatos de la popular colección “El Cuento Semanal” explicarían el supuesto naturalismo -más o menos zolesco- o el costumbrismo de la novela, así como el asentimiento del autor hacia las ideas orteguianas explicaría la constante interpretación lírico-cosmológica de la realidad en las obras del palentino; debe señalarse en este último sentido que en *La Turbina* señorea con autoridad el componente simbólico-metafórico del relato, característico de la “novela lírica”, frente al metonímico de la novela realista y/o “socialista”. Las innovaciones narrativas y las continuas referencias simbólicas que menudean en la novela corroboran nuestro aserto. Modélica a la hora de señalar el carácter poemático de algunas de las novelas de la “otra” generación del 27 fue la aportación de J. M. Rozas, “Greguería y poema en prosa en tres novelas sociales de la generación del 27”, *Anuario de Estudios Filológicos*, II, 1979, págs. 251-269, donde consagra un apartado a *La Turbina*.

¹⁷ Elocuente en este sentido es el fragmento de *La Turbina* que transcribimos a continuación -citaré siempre según la reedición de Gonzalo Santonja-:

- ¡ La turbina !

Era la palabra enarbolada por el enemigo. La palabra del secreto, de la disputa. La palabra beligerante y central que estaba siempre en la contienda.

- Si estos ríos de España -decía en el casino un socio, con presunción de enterado- son muy especiales. En verano actúan como un gato, y en invierno echan la zarpa como un león. En ninguno de los dos casos puede andar una turbina, ni cuando se la acaricia ni cuando se la desgarran (págs. 153-154)

¹⁸ Novela publicada con toda seguridad en noviembre/diciembre de 1930 a juzgar por la reseña que Antonio de Obregón le dedica en *Nueva España* (26-XII-1930; *La Gaceta literaria* no la reseñó, síntoma quizá de las disensiones ideológicas en el seno de la revista).

de Ortega tanto en su edición de 1930 como, de forma más probable, en la original versión que Ortega dio a la imprenta del popular rotativo *El Sol* en forma de artículos seriados entre noviembre de 1927 y febrero de 1928. Que fuese lector de Ortega en sus inicios es más que sabido (*cf. supra*), que lo fuera todavía en 1928 no es en absoluto anormal, máxime cuando precisamente en *El Sol* aparecían las críticas musicales de su venerado musicólogo¹⁹ A. Salazar. Por otra parte, ya el propio nombre de la editorial de la que había sido cofundador Arconada, “Ulises”, lo habían tomado los de Olózaga, nº 15, del “Ulises al revés que se liberta de su Penélope cotidiana” de *La deshumanización del arte*.

En un similar orden de cosas, cabe indicar que César Muñoz Arconada era, por así decirlo, el escritor de su generación más indicado para la “sensibilización” hacia la redención provinciana; nacido en Astudillo, un pueblecito de Palencia con, curiosamente, un salto de agua del que fue administrador su padre, nuestro escritor tiene que soportar la asfixia de la vida local tanto en su pueblo como en la capital de provincia, angustia perfectamente recogida en sus artículos aparecidos en el *Diario Palentino* entre el 13-I-1920 y el 7-III-1923²⁰, donde ya se observa su obsesión por la “urbe” -recuérdese, título del poemario de 1928- y la modernidad “salvadoras”²¹. Por lo dicho, no es difícil imaginar la recepción favorable que las ideas de Ortega tendrían en el palentino, teniendo en cuenta que también en *La rebelión de las masas* -1930, asimismo germinada en artículos aparecidos en *El Sol* tres años antes- el madrileño, especialmente en el capítulo “Primitivismo e Historia”, las había pergueñado:

La civilización (...) es artificio y requiere un artista o artesano.
Si usted quiere aprovecharse de las ventajas de la civilización,
pero no se preocupa usted de sostener la civilización..., se ha
fastidiado usted²².

El mundo como Naturaleza, como simple “alborada de la vida”, equivale, en palabras de Ortega, a Primitivismo, a No-Civilización; la construcción de una España “posible” y moderna, de “turbina a lo Juanelo” pasa por la modificación del Hombre-Naturaleza a lo Cachán, quien, como aquél, no es “dueño de sí mediante la reflexión, repitiendo hoy sonámbulicamente lo que hicieron sus padres y abuelos”²³, quien, como

19 El propio Arconada lo fue (en *Alfar, Atlántico...*) y lo era a la sazón (en *La Gaceta Literaria*).

20 Puede verse una selección de ellos -artículos donde alternan la inquietud por el Ultraísmo, la amenaza de un posible fascismo en España o la sátira acre de la vida provinciana- en la excelente edición y antología preparada por C. H. Cobb, *Obra periodística; de Astudillo a Moscú*, Valladolid, Ambito, 1986. También, en similar sentido, el filólogo citado ha entregado recientemente a la imprenta el trabajo “César M. Arconada, síntesis de la vida intelectual española, 1920-1939”, en J. Martínez (ed.), *Grandes periodistas olvidados*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987, págs. 121-151.

21 En su “Autobiografía” (*Nueva Cultura*, marzo-abril 1936) leemos:

Mis antepasados (...) fueron, sin duda alguna, gentes de modesta condición, plebeyos, pueblo anónimo y colectivo (...). Soy natural de Castilla. De la alta Castilla de tierras incultas, secas, duras, cocidas de sol y de sed (...) mi país es tierra y campesinado, es aldea y primitivismo.

22 J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, en *Obras Completas*, tomo III, Madrid, Revista de Occidente, 1962, 6ª ed., pág. 201.

23 J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, en *Obras Completas*, tomo III, Madrid, Revista de Occidente, 1962, 6ª ed., pág. 201.

aquél, como “España real”, chocó con la “irreal Constitución”²⁴, quien, como “Provincia”, sintió “una profunda antipatía al régimen madrileño”²⁵; extractemos pasajes significativos de *La Turbina* en estos sentidos:

- la incomunicación Campo/Ciudad:

Si no fuese por este reloj del Ayuntamiento, Hinestrillas no estaría unida al mundo sino por los oficios que el alcalde dirige al gobernador y por los partes que el cabo de la Guardia Civil dirige todos los días a la Comandancia (...) Todas las calles tienen salidas rápidas al campo, y por ellas se dejarían arrastrar las casas y los hombres y las cosas hacia la virginidad de la tierra, como tierra que son, si el Concejo municipal no cuidase de que el reloj dé su hora, oficialmente, con arreglo a la hora del país (...) toda una realidad de casas, de hombres, de vidas, que tienen un contacto social, una existencia ineludible en un renglón del censo del país. (*La Turbina*, pág. 39)²⁶

- además de la no-vertebración, el primitivismo, la Naturaleza-Cachán:

Y como no se sabe hasta qué punto la naturaleza responde con sometimiento a los artificios geniales de los hombres, Cachán, que era naturaleza, aseguraba que no habría luz, y los otros, que representaban las máquinas y los artificios, aseguraban que sí. Provisionalmente tuvo razón Cachán. Definitivamente, tuvieron razón los otros: hubo luz, hay luz todavía en aquella parte del mundo. (*La Turbina*, pág. 165)

- la antipatía al “Otro” urbano, al régimen madrileño, al progreso:

Estas costumbres, un poco licenciosas, no eran corrientes en los pueblos, y Cachán se apoyaba en ellas para justificar sus odios (...) Por eso, para Cachán, los montadores eran gentes desnaturalizadas, libres, gentes inmorales de unas regiones que ni siquiera sabía situar en el mapa. Esta opinión no era sólo de Cachán, sino de muchas personas de los pueblos. En los pueblos todas las gentes tenían su clasificación, sus veredas, su vida clara y conocida... Pero, de pronto, habían llegado hombres extraños, con costumbres distintas; unos hombres sin

²⁴ *Ibidem*, pág. 95.

²⁵ *Ibidem*, pág. 97. Compárese el aserto orteguiano con la antipatía visceral del primitivo Cachán hacia Antonio, que acaba en tragedia, y en la imposibilidad de unión (casamiento) con la hija de Cachán, la imposibilidad de unión de la Ciudad y el Campo en tales circunstancias.

padrón, sin historia conocida, un poco libres y alborotadores, y las buenas gentes de los pueblos los miraban con el recelo y la precaución con que recibían a las tribus de húngaros que acampaban de vez en cuando en las cercas. (*La Turbina*, págs. 102-103)

Puestas así las cosas, urge la reconsideración de este periodo de la “trayectoria” de Arconada, haciéndolo pasar no sólo como principio de la recepción entusiasta de la joven literatura soviética (Zamiatin, Schostakowski, Gladkov...) sino también como principio de la preocupación por la redención provincial de raigambre tan regeneracionista, nacionalista y, a la sazón, orteguiana. De este modo podemos realmente comprender, en la resolución de este *explicandum* propuesto en la presente exposición, cómo en el mismo número de *La Gaceta Literaria* (1-VIII-1929) donde Arconada reseña y exalta la nueva literatura soviética y donde se entrevista al director de la editorial “Cénit”, el palentino reseña el libro de L. M. Granizo *Provincia de León*, con estas significativas palabras: “hay que repetir, sobre yunque de insistencias, la necesidad de la conquista folklórica de las provincias”; sobran los comentarios.

¿A qué se debe, pues, la artificiosa ruptura por parte de la historiografía de este sencillo *continuum* de la obra de Arconada? Parece evidente que a una apropiación *a posteriori* de *La Turbina* a partir de los nuevos presupuestos adoptados en 1931²⁷ por el escritor, y al cambio de su *status* social. Cambiará entonces la evaluación de la realidad, pero no determinados signos y oposiciones (Luz/Sombra, Naturaleza/Hombre...) que se forjan en esta época. Síntoma del comienzo del error en la catalogación de *La Turbina* es la reseña que A. de Obregón le ofreció en *Nueva España* (26-XII-1930) donde a su vez y de forma acertada, casi como lo hará después E. G. de Nora, se nos detalla que:

Los escritores nuevos permanecían encerrados en la preocupación del estilo como en una celda de oro (...) Arconada, sí esgrimió la cualidad del artilugio, pero el artilugio como producto del movimiento cerebral que, por fortuna, desinfectó nuestra literatura de todos los miasmas anteriores (...) Arconada nos describe un estado social con prosa culta y cuidada (...) *La Turbina* es una novela humana, una novela para todos.

Pero Obregón ya subraya -consciente del lugar donde realizaba la reseña- que “no tengo pruebas que autoricen a suponer a Arconada más que un proletario”.

Asímismo, debemos desechar una posible influencia directa de la novela soviética

²⁷ En nuestra ya conocida “Autobiografía” -*cfr.* nota 21- el propio Arconada agrimia interesadamente sus novelas rurales: “Comprendí entonces, guiado por el marxismo, lo que era España: un feudalismo retrógrado (...) De esta época, y sobre temas agrarios y revolucionarios, datan tres novelas: *La Turbina*, *Los pobres contra los ricos* y *Reparto de tierras*” Resulta evidente que Arconada “reescribe” el sentido de *La Turbina* de acuerdo a sus nuevos presupuestos, pero había “com-

que, por el título, *La central hidroeléctrica*, podría inducir a ello; la novela de Marietta Shaginian, novela de “construcción del estado soviético”, dista mucho de parecerse a la del palentino, a pesar de que contenga párrafos que podrían, de lejos, asimilarse:

La central eléctrica que, en la imaginación de Anush Maljanzian y de sus alumnos poseía el encanto de un París o de un Londres para un provinciano (...)
El agua descendía de los montes y era utilizada por el hombre: en un principio, para beber (...) y los hombres aprendieron a construir canales... presas... La rueda, la turbina, el principio básico²⁸.

Por contra, donde sí debemos rastrear la obsesión por el progreso, por el control humano sobre la Naturaleza, es en la propia producción del escritor de Astudillo; así, en la *Vida de Greta Garbo* leemos:

Hace unos años, los ángeles podían más que los hombres (...)
Pero ahora, los hombres han derrotado a los ángeles blancos de las cumbres (...) Ahora ya son los hombres y no los dioses los que ganan las batallas. Ahora ya son los hombres y no la Naturaleza, los que conducen los torrentes hacia canales útiles²⁹.

Y, más adelante, se habla de una “central eléctrica con cientos de kilómetros de red y energía para cientos de pueblos”³⁰, y se introduce a partir de este símbolo que va más allá -como estamos viendo- del simple tópico futurista-maquinista, la oposición, por entonces débil y subsidiaria, de Pobres/Ricos: “parece que debiera tener en sus paredes cascadas de focos de luz. Pero sólo tiene una lámpara humilde”³¹.

De forma más palmaria si cabe se capta y observa el interés “civilizador” sobre la Naturaleza en la traducción que junto con Mauricio Amster hizo para “Ulises” de una de las novelas del polaco Stefan Zeromski, *El viento del Este*. En esta obra, César, el protagonista “joven, independiente, o mejor, deportivo”³² es ganado a la causa revolu-

28 Marietta Shaginian, *La central hidroeléctrica*, cito por la moderna edición de Progreso, Moscú, 1976, páginas 368 y 53 respectivamente a cada párrafo.

29 C. Muñoz Arconada, *Vida de Greta Garbo*, cito por la edición introducida por J. Maqua, Madrid, Castellote, 1974, págs. 61-62.

30 *Ibidem*, pág. 143.

31 *Ibidem*. Compárense estas últimas notas con los siguientes fragmentos de *La Turbina*:

Los hombres dominan, vencen (...) Será inútil ponerse frente a ellos, luchar contra ellos en defensa de la pura naturalidad del mundo (...) La Naturaleza defenderá su obra, su integridad, su vida espontánea, libre, inútil. Los hombres dominan, vencen... (pág. 138)

Y al agua se metería apretándose como un rebaño, con ceguera de salir, de correr, que es su sino. Y allí, en el fondo, debajo de los pies de los obreros y de los montadores se desarrollaría la lucha entre el agua, que es la naturaleza, que es Dios, y la turbina, que es la inteligencia, los hombres. (pág. 140)

32 Stefan Zeromski, *El viento del Este*, traducción directa del polaco por Mauricio Amster y C. M. Arconada, Madrid, Ulises, 1931, pág. 38.

cionaria. En determinado momento de la trama, observa César cómo su primo Barycka, titán social que “coloca siempre nuevas turbinas”³³, ha diseñado un nuevo pueblo de “casas de cristal”, auténtica “fantasía de pintor”, para los campesinos polacos; pocas páginas más adelante leemos este fragmento tan revelador de la obsesión por el control de la Naturaleza:

El agua, estrechada en su nuevo cauce, trabaja en verano e invierno. Mueve filas enteras de turbinas y dentro de poco moverá millares de ellas. Una inmensa potencia eléctrica reemplazará la fuerza de los caballos y de los bueyes³⁴.

Casi sin solución de continuidad se nos explicita una tan biologista y spenceriana redención cultural-racial del campesinado: “Cuando en estos campesinos se quite la epidermis de hoy, la suciedad y el aire viciado de las pocilgas donde viven, entonces será la raza más sana del mundo”³⁵.

Las notas hasta aquí esbozadas nos permiten por fin afirmar que las oposiciones Campo/Ciudad, Oscuridad/Luz, Naturaleza/ Hombre... que vertebran y articulan *La Turbina* pueden servir de trampolín hacia la “nueva realidad” rural de las siguientes novelas de Arconada, pero en absoluto se ha de cometer el error de suscribir que aquella necesita de éstas para su explicación final, o lo que es lo mismo, no existe una necesidad, una solidaridad y/o coimplicación “necesarias” entre *La Turbina* y *Los pobres contra los ricos* o *Reparto de tierras*. Arconada se limita a aprovechar unos signos y preocupaciones tomados del “universo de sentido” orteguiano -y que se remontan al más rancio regeneracionismo- para reelaborarlos en sus últimas novelas dentro de un nuevo sistema de dominio del hombre sobre la naturaleza y la sociedad, el marxista-comunista, preocupado ya no sólo por el progreso y la “ciudadanía”, sino también por el reparto equitativo de la riqueza y del poder político, y por la justicia social interclasista. A causa de ello, en estas obras la oposición dominante en ese espacio o *politeia* rural reencon-

33 *Ibidem*, pág. 95.

34 *Ibidem*, pág. 97.

35 *Ibidem*. Es interesantísimo el repaso al catálogo de la novel editorial “Ulises”; en la “Colección universal” encontramos *La Nardo* de Ramón Gómez de la Serna, *Las confesiones de Dan Yack*, de Blaise Cendrars y el *Poema del cante jondo* de Lorca, entre otros; en la colección “Valores actuales” destacan *Estación. Ida y vuelta*, de Rosa Chacel, *Hollywood* de Xavier Abril, *Viviana y Merlin*, de Benjamín Jarnés o *Prisión y muerte* de Corpus Barga; muy interesantes por dar cuenta de la pervivencia del biologismo finisecular son la *Psicogenia de los celos* de A. Abaraza o *Normas para la educación biológica* de J. de Eleizagui, ambas en la “Colección médico-social”; igual o más importantes resultan las producciones insertas en la “Colección Nueva Política”, por la extrema atención a los acontecimientos de Italia (P. Nenni, *La lucha de clases en Italia*) Unión Soviética (Boris Bajanow, *Al servicio de Stalin*, en cuyo prólogo M. Retuerto habla de la “repugnancia invencible por esta nueva religión, la religión bolchevique”, que él comparte con el propio Bajanow, así como “el abolengo de ascendientes intelectuales”) y Alemania (E. Czech-Sochberg, *Hitler, un movimiento alemán*, impreso en abril de 1931; en el prólogo, de L. Fernández Rica, observamos la “equivocidad ideológica” y el anhelo de radicalismo de cualquier signo: “Era preciso este libro para conocer con exactitud quién es y cómo es esa fuerza inmensa que hoy comparte con el comunismo la potencialidad de la política porvenirista en Alemania” y, más adelante: “ediciones Ulises, que está muy lejos de estiñar la ideología que representa Hitler en Europa, no vacila, empero, en incluir esta obra en su catálogo por creer sinceramente que así sirve bien a sus lectores”)

trado, donde “la lucha de clases era una realidad”³⁶, es la de Rico/Pobre y Amo/Siervo; ya no importa sólo la redención de la provincia, sino también la de la clase trabajadora campesina.

No es, por estas causas, *La Turbina* el objeto textual más adecuado para admirar el cambio político e ideológico de Arconada. A nuestro parecer, dentro del horizonte de “equívoco ideológico” que muestra este periodo de 1929-1931 en la obra del palentino es *La humildad*³⁷ el relato en el que comienzan a perfilarse -todavía, empero, dentro de una cierta ambigüedad ideológica: la novelita no deja de ser, en cierto modo, una parodia humorística- tanto la apertura hacia un espacio social contemporáneo y “comprometido” como la creación y delineación de la oposición Pobre/Rico, obsesiva a partir de entonces para Arconada. En *La humildad* se narra el súbito empobrecimiento del hipócrita burgués Abdón Lulio “bolsista” -en claro recuerdo del “crack” del 29- y el “romántico” pero inútil “socialismo” de Pedrín, su hijo, quien decide trabajar “humildemente” y sumarse a -o sumirse en- la anónima masa proletaria, en la que acaba diluyéndose y muriendo³⁸. Sin embargo, el nivel en donde de manera más elocuente se observa el paso de la euforia de los “twenties” a la disforia de los “thirties” y el reinicio de la desazón distópica (vs. la eutópica burguesía) pequeño-burguesa que convierte al oscilante Otro/no-Otro “Pueblo” del intelectual en un decidido no-Otro, es el lugar del narrador y la semiosis y comunicación directa con el posible receptor; el “funcionario estatal” de Correos³⁹ Arconada, autodidacto frente a otros compañeros universitarios mejor acomodados⁴⁰, comienza a acusar su posición y condición “mediocre”, oscilante, de pequeño-burgués “pobre”:

Tenemos nuestra vida, nuestra posición. Somos nosotros. Existimos. Podemos seguir durmiendo hasta las ocho, en que tal vez el despertador nos avise, porque en la primera partida salimos perdiendo, y somos pobres, y necesitamos trabajar⁴¹.

Más adelante: “Los pobres vemos la vida con unos ojos míseros, de animales ingenuos, de gente elemental y sencilla”⁴². Sin embargo, todavía la identificación con un “Nosotros-Pobres” frente al “Vosotros” o “Ellos-Ricos” no es absoluta:

36 Manuel Tuñón de Lara, *Tres claves de la II República*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pág. 63.

37 Narración corta incluida en *Las 7 virtudes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1931, libro colectivo con relatos de A. Espina, B. Jarnés, J. Díaz Fernández, V. A. Alvarez, R. Gómez de la Serna, A. Botín Polanco y C. M. Arconada. En la “antesala”, B. Jarnés nos cuenta que el volumen es un contrafactum de *Les 7 pechés capitaux* de los Giraudoux, Morand, Jacob...

38 Similar final tiene la también comunista-romántica “largueza” de Otilia la Rusa (“Misionera de un ideal de renunciamiento y pobreza”) de *La largueza*, relato de *Las 7 virtudes* escrito por el “nuevo romántico” co-director de *Nueva España*, José Díaz Fernández.

39 Así le calificó E. Giménez Caballero en el número de *La Gaceta Literaria* del 1-I-1931. Para el status del funcionariado durante estos años, vid. M. Tuñón, *op. cit.* Para las actividades sindicales de Arconada en el cuerpo de Correos y Telégrafos, vid. la Introducción citada de Gonzalo Santonja.

40 Como amarga y ufánamente a un tiempo reconoce el mismo Arconada en nuestra conocida “Autobiografía” (cfr. nota 21).

41 C. M. Arconada, *La humildad*, en *Las 7 virtudes*, ed. cit., pág. 66.

42 *Ibidem*. páv. 84.

Sabéis que hay gentes desventuradas que tienen hambre, porque unos desconocidos de mala cara han quitado el gato a la portera para comérselo. Sabéis que no toda la gente borda florecitas en un bastidor, porque visteis a un mozo subir a la buhardilla, con trabajo, un enorme baúl. Pero todo eso está al lado contrario, fuera, detrás de los blandos mullidos de la casa (...)

Os tocáis la cartera: abulta, pesa mucho. Os tocáis la ropa: es elegante, nueva. Sois todavía un señor respetable⁴³.

Todavía hay un “Ellos-Pobres”:

Es así la vida de los que no tienen nada. La calle, los infinitos y posibles caminos de una desolada desocupación, y al fondo, tal vez, un nuevo sótano. Los pobres siempre tienen al fondo un hueco abierto, negro, húmedo: la fosa común, el hospital, un sótano, un calabozo de una cárcel...⁴⁴

La semiosis directa Narrador-Lector (“Sabéis”, “Creedme”...) que caracteriza globalmente la obra narrativa de Arconada, comienza aquí a articularse en torno a la oposición Rico/Pobre, ya esencial en *La humildad*. Si en las primerizas obras de la segunda década del siglo se buscaba un lector cultivado, un “aristarca” -utilizando la finisecular denominación de Pompeyo Gener- orteguiano, y en *La turbina* nos encontramos con una “novela para todos” -en palabras ya citadas de A. de Obregón-, con una novela de sensibilización hacia el campo, en *La humildad* el horizonte receptivo comienza a disgregarse distanciándose Arconada de los lectores anteriores y buscando la simpatía de “funcionarios de segunda” como él; estamos frizando, por fin, la búsqueda del lector proletario y urbano evidenciada en *Los pobres contra los ricos* y más aún en *Reparto de tierras*.

Mas no nos alejemos del ámbito de trabajo propuesto en un principio y demos contera a nuestra exposición con el, quizá, más acertado y valioso documento que alcanza a situar el verdadero “universo de sentido” de *La Turbina* en contra de lo poco escrito sobre ella y sobre la “nebulosa trayectoria” del autor; nos referimos a la entusiástica y significativísima reseña que César Muñoz Arconada hizo, nada menos que el 1-IX-1929 -cerca, si no comenzado, el tiempo de escritura de *La Turbina*- en *La Gaceta Literaria*, a la obra de Luis Bello *Viaje por las escuelas de España*⁴⁵. Dada su vital importancia, citaremos gran parte de ella, figurando en cursiva los sintagmas más interesantes para nuestra hipótesis:

43 *Ibidem*, págs. 70 y 74 respectivamente a los párrafos.

44 *Ibidem*, pág. 113.

45 Resultado de la recopilación de los artículos sueltos que Bello dio a los rotativos de *El Sol* durante el intervalo de 1926-1929; compárese con la forma y lugar de aparición de los artículos de Ortega que luego conformarán *La redención de las provincias*.

Un camino, una iglesia, un pueblo, un hombre... Parece que todo esto importa poco a quien, de mañana en mañana, compra su periódico al encaminarse a su *oficina de ciudad*. Siempre fue lo mismo, por supuesto (...) Sin embargo, estos viajeros realizan la labro más recompensada por la gloria: la de *descubrir* (...) esto que se pierde para la gloria, suele ser lo que se gana para *la realidad* (...) Luis Bello consigue también, con su blanda diplomacia de cauteloso, que se construyan, que se arreglen, que se mejoren algunas Escuelas (...) *un fin social, humano*: la Escuela, el analfabetismo. Y todo lo que no sea esto, es ameno turismo, amena literatura (...) Ir (...) *por las entrañas ásperas, difíciles, de un país*; se necesita un pasaporte ideal, elevado (...) gran parte de lo que hay que ver en un país, está en su entraña, en su corazón, en su aspereza. Entre las rocas, en los caminos, *en las virginidades de los campos*. *Luis Bello está descubriendo España. No la España monumental -que esa tiene bastantes descubridores-, sino la otra, para mí mucho más importante: la España sustancial, racial, primitiva*. Caminando por este sendero, a un lado la inmediata idealidad de la Escuela, es por donde Luis Bello está realizando un viaje clásico, *con futuro*, con perdurabilidad. Luis Bello es un hombre ibérico (...) si la Escuela es pequeña, mala, pobre; si no hay maestros; si los chicos prefieren jugar por los campos, todo lo perdona -lo justifica- en honor al instinto racial, *anterior a toda cultura*, a toda disciplina de escuela y maestro. Luis Bello está defendiendo *principios fieles a la generación del 98*: la Escuela, el viaje, *España...* La Escuela: la voz, la llave, el signo de Costa. Después, el viaje: el anhelo literario, el anhelo de *Azorín, de Baroja* (...) *Y después España: Unamuno, la preocupación ibérica; la raza*. Luis Bello es el hombre de aquella generación, que actualmente está realizando la síntesis de aquellos ideales, de aquellos principios (...)

Sensibilización social, redescubrimiento de la España “real”, regeneración (Futuro-Progreso-Turbina y Educación), redención provincial... he aquí las coordenadas donde debe ubicarse *La Turbina*. El paso a “lo social”, a “lo político”, a la “impureza”⁴⁶, está en el mismo sendero que conducirá a las “Misiones Pedagógicas” allá por el 1933, poco antes que Arconada rechace textualmente la línea restauradora, nacionalista y pequeño-burguesa de los Ortega, Jarnés *et alia* en el tantas veces ponderado artículo “Quince años de literatura española”⁴⁷, siendo que él se había situado allí en el ya no tan equívoco y paradójico intervalo de 1929-1931, fechas de redacción y edición de su, sin duda alguna, mejor novela, *La Turbina*. La “inflexión” de Arconada no debe tanto a sus

plácemes para la literatura soviética, pues

un joven estudiante español de los años treinta podía hacerse fascista leyendo *La España del Cid*, de Menéndez Pidal, o *La rebelión de las masas*, de Ortega, a la vez que devoraba novelas de aventuras o traducciones de los narradores soviéticos de la Revolución⁴⁸

Y sí mucho a ese Abdón Lulio “bolsista”, fugazmente arruinado en *La humildad*

La crisis universal de 1929 escindió de hecho el proceso artístico-político de la vanguardia europea y abocó en la década de los treinta a militancias políticas de singular equivocidad (...): comunistas o fascistas⁴⁹.

Y todavía más a la apertura de conciencia social de la mano de, o siendo “compañero de viaje” de la tradición regeneracionista-nacional continuada a la sazón por personajes como L. Bello u Ortega y Gasset; ésta seguirá, muy mediatamente entonces, en las novelas más politizadas de Arconada.

En definitiva, una diacronía de sincronías parece explicar más que la “trayectoria” unívoca y -comprobado- mistificadora. Sin embargo seamos, tan sólo por una vez y para finalizar climáticamente este discurso, un algo -”y aun algos”- teleologizantes al afirmar la involuntaria lucidez de las “turbinas” de Ortega y Arconada en tanto y en cuanto constataciones proféticas del posible fracaso y tragedia que una “turbina-República” regeneradora y progresista tendría si se implantase en un “torrente de vida” mínimo y localista, en un medio rural primitivo, precario y sin “Escuela”, de escasa base social preparada para ella.

46 Sintomáticamente, donde mejor se observa el decidido salto a la tan manida “impureza” es en la reseña que Arconada realiza del libro -poemario- de A. de Obregón -quien, no lo olvidemos, a su vez reseñó *La Turbina*- que tenía el sugestivo título de *El campo, la ciudad, el cielo*:

Tenían que romperse los diques. Tenía que venir la disconformidad de los escritores con ojos, con potencias, con sobresaltos impuros, que no se aviniesen a la placidez de un cerco, a la oscuridad de unos muros, a los arabescos de un encerado. Algún día tenía que romperse la clausura, y salir los reales a la luz, a las cosas, a las intemperies, a las impurezas. (*La Gaceta Literaria*, 15-IX-1929)

Quince días antes, en la propia *Gaceta*, J. Piqueras ensalzaba el film de Florián Rey, *La aldea maldita*...

47 En *Octubre*, nº 1, junio-julio de 1933.

48 José-Carlos Mainer, “Azor (1932-1934). Radiografía de una crisis”, en M. Tuñón de Lara (ed.), *op. cit.*, pág. 323 (artículo de más fácil acceso en su reciente reedición bajo el título de “Azor (1932-1934). Esquema de una crisis” en José-Carlos Mainer, *La corona hecha trizas*, Barcelona, PPU, 1990, págs. 101-119).

49 *Ibidem*.